

CATOLICOS Y PROT

HABLABA el otro día con un pastor protestante español sobre mi artículo acerca de la libertad religiosa en España. Y me decía que, en general, estaba de acuerdo con él, aunque no podía estar conforme con algún detalle. Pero me aclaraba que lo consideraba muy necesario para el público católico español.

Ciertamente esa fue mi intención: preparar las mentes de nuestro pueblo a esta libertad normal que, a veces, se hace tan rara para quienes quisieran conservar una cómoda situación de privilegio social, incompatible con la doctrina de los dos últimos Papas.

Por eso hablaba yo un lenguaje para católicos, y tenía con toda sinceridad que decir lo que nosotros pensamos que son errores de buena fe de nuestros hermanos separados.

Pero quisiera hoy hacer un esfuerzo por adoptar una postura más ecuménica, que es la enseñada por el cardenal Bea y repetida por Pablo VI en su última encíclica «Ecclesiam suam».

Se trata de tener una nueva actitud: la del diálogo sin paternalismos. Primero, para conocernos, y, después, para comprendernos y colaborar.

De ahí que la primera regla ha de ser «la apertura de un diálogo desinteresado, objetivo y leal»; en él «no se trata de obtener de inmediato la conversión del interlocutor» (Pablo VI).

Hace años participaba, en Suiza, en unas reuniones del movimiento moral-social llamado «Rearme Moral», donde reunidos mil representantes de más de 30 países, nos proponíamos mejorarnos para mejorar el mundo. Lo que más me chocó de sus promotores era el éxito que habían tenido al aportar una eficaz ayuda a muchos conflictos sociales: huelgas en Europa, luchas sangrientas en África, desunión entre diferentes creyentes. Su forma era: «No busquéis el tener razón, sino lo que es objetivamente justo, independientemente de las personas». Y esa búsqueda nos decían que no debía ser realizada en solitario, sino en colaboración entre los mismos adversarios, de tal manera que ambos se considerasen por debajo de la verdad, y no orgullosos poseedores de la misma.

No se trata de caer con estos consejos en un «irenismo» escéptico que busca promediar las opiniones, sino en buscar pacientemente y con humildad la verdad y la justicia, pues ningún hombre puede decir que la tiene en propiedad. La misma Iglesia católica, cuando se proclama Faro de la Verdad, no olvida que el dogma de la infalibilidad es de los más modestos. Y los hombres, aunque seamos católicos no somos la Iglesia, y no acertamos siempre en la expresión de la verdad que vivimos y creemos. ¿No dice el Papa que hasta los ateos lo son muchas veces por lo equivocadamente que los católicos presentamos el concepto de Dios? Muchas veces hacemos de él un ser cicatero y malhumorado, o un quisquilloso tirano.

La actitud del Papa es la de un realismo humilde, y no la de la apologetica orgullosa de los que identifican todas sus discusiones personales con la verdad de Dios.

El obispo Mussio, de los Estados Unidos, acaba de recordar, en un club metodista de la ciudad de Stenbenville (Ohio), ante 71 ministros protestantes con sus mujeres, que «el ecumenismo no pide una unión orgánica de todos los creyentes, ahora o en un futuro próximo».

Hasta el siglo XVIII era frecuente lo que hoy parece extraño: que los ortodoxos griegos y rusos comulgasen y oyesen la palabra

de Dios de sacerdotes católicos, que no desdeñaban el ayudar a sus colegas cismáticos. Un Padre jesuita, en aquella época, recorrió las islas del Peleponeso, con permiso de los obispos ortodoxos, haciendo labor cristiana, pero evitando todo proselitismo de grupo.

Un obispo católico —monseñor Gay, de Martinica— ha dicho en el Concilio Vaticano II: «Evitemos el hacer pasar los fieles de una Iglesia a otra; la experiencia demuestra que el cambio de confesión religiosa conduce (y no raramente) a la ruina total de la fe».

¿Qué es lo que debemos hacer entonces? ¿Adoptar una cómoda actitud de meros espectadores? No; lo que debemos hacer es profundizar en nuestra propia fe; ser cada vez más sinceros con nuestra propia denominación religiosa cristiana, y así acercarnos más al único que nos puede unir, que es Cristo. Eso es lo único que nos preservará del error, aunque parezcamos estar en distinto sitio. Lo que Pablo VI dice a los católicos debe ser norma de todos los cristianos: «Sólo el que vive con plenitud la vocación cristiana puede estar inmunizado del contagio de los errores con los que se pone en contacto». Y, cuando Dios quiera, nos encontraremos todos juntos espontáneamente en el mismo redil. Las barreras habrán caído, sin darnos cuenta, individual o colectivamente.

Por eso no hay que temer el relacionarse los cristianos de diferentes grupos, siempre que respetemos la conciencia de los demás, y seamos cada vez mejores practicantes de nuestra propia religión. El cardenal Cushing, arzobispo de Boston, es quizá el modelo que hoy tenemos que seguir en la Iglesia. Constantemente está en contacto con otras Iglesias cristianas, y habla con verdadero espíritu cristiano a los demás grupos religiosos que no son católicos. En febrero presidió un almuerzo de la Asociación de Clérigos Episcopalianos, y, en abril, habló en la iglesia bautista de Framingham. No para criticar a los protestantes, como por desgracia hemos hecho nosotros demasiado frecuentemente, ni tampoco para ocultar lo que piensa la Iglesia, sino para vivir un cristianismo sincero en común, y poner «en evidencia primero lo que es común con nosotros, antes que subrayar lo que nos divide» (Pablo VI).

Tanto impacto ha hecho este cardenal de la Iglesia católica entre los hermanos separados, que el pastor episcopaliano de Highland Falls ha publicado una carta, en la revista de la Iglesia episcopaliana, pidiendo que el arzobispo de Boston sea el próximo candidato a la presidencia de la Iglesia episcopaliana de los Estados Unidos. El cardenal Cushing contestó con sencillez, declinando el ofrecimiento: «Tienen hombres mejores que yo para presidir su Iglesia».

* * *

PIO XII había dicho que todos los cristianos debían colaborar en la construcción de un mundo más justo, y en mantener los valores morales fundamentales. Pero no siempre fue comprendido, ni siquiera (curiosa paradoja) en el Vaticano. Viviendo él, salió del Santo Oficio una disposición prohibiendo la participación de los católicos ingleses en la asociación religiosa mixta «La Espada del Espíritu», patrocinada por el primado católico de Inglaterra. Esos ejemplos hoy, gracias a Dios, parecen lejanos. Pablo VI oficialmente en su primera encíclica ha pedido la colaboración humana, cultural, social y política con todos los hombres religiosos que no son cristianos siquiera, y propugna el diálogo no sólo civil, sino religioso, con todos los que son cristianos, aunque no sean cató-

ESTANTES



Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

licos. Y no sólo de los Jerarcas, sino de todos los católicos, pues la Iglesia es la «congregación de los fieles» (Pablo VI), y no «una pirámide clerical que tenga por base unos niños de coro» (monseñor Grath).

Sin duda, hay que ampliar todavía mucho esta colaboración. Tiene que haber una oración posible en común, como propugnaba en Norteamérica el Obispo de la Televisión, monseñor Fulton Sheen, pidiendo que en las escuelas del Estado hubiera una misma oración para los niños católicos y protestantes.

Tenemos que unirnos también en el apostolado cristiano, en la difusión a los incrédulos del mensaje de salvación que trajo Cristo al mundo. No podemos seguir dando esa impresión lamentable que se ha producido, por ejemplo, en las misiones, donde el sacerdote católico y el pastor protestante parecían dos enemigos irreconciliables.

El Papa acaba de recibir en el Vaticano, hace pocos meses, a un grupo de protestantes japoneses a los que les ha dicho que los católicos y protestantes deben trabajar conjuntamente, «si queremos que el nombre del Señor sea más alabado... en las regiones del Sol Naciente».

El Padre paulista Hagmaier, profesor de la Universidad Católica de América, ha dicho en una comida celebrada por obispos y clérigos católicos y episcopalianos que la Asociación Protestante de Jóvenes Cristianos (la famosa YMCA) y la Organización de Jóvenes Católicos (CYO) se unan en una sola organización, con ministros de las varias denominaciones cristianas que atiendan espiritualmente a sus propios miembros, «en un esfuerzo que no sea proselitista, para profundizar los valores espirituales y formativos». Esa asociación común promovería toda suerte de actividades públicas que afecten a la religión cristiana, y que pueden y deben ser realizadas en común: educación religiosa en todas las escuelas del país, oración común en ellas, lucha contra la pornografía, el alcoholismo y la indecencia en las películas. Y esta reunión se celebró con asistencia del obispo católico de San Francisco.

Otro escándalo para muchos, y que algunos católicos están en vías de superar, es que existan distintas traducciones de la Biblia para católicos y protestantes. El pueblo sin gran cultura ha de preguntarse: ¿Es que la Biblia, el libro de la Revelación de Dios, dice cosas distintas para los cristianos, según pertenezcan a un grupo o a otro? ¿No es uno mismo el texto original para unos y para otros?

En los Estados Unidos, dos de los mejores especialistas en el estudio de la Biblia, el presbiteriano doctor Freeman y el metodista doctor Albright —uno de cuyos mejores libros han traducido los jesuitas españoles— presiden una comisión de treinta exegetas católicos, protestantes y judíos, que están trabajando en una serie de traducciones y comentarios a la Biblia. Además, el Consejo de las Iglesias Protestantes de América ha aceptado ya el publicar una edición para los católicos, que contenga el mismo texto de la famosa «Versión Standard Revisada», que es la de uso común por los protestantes. Un obispo católico, monseñor Gordon J. Gray, dará su autorización a esta edición cuando se publique.

El año pasado, otro obispo americano dio permiso para editar un libro de meditaciones católicas, utilizando la traducción de la Biblia hecha por los protestantes americanos.

En el país de Gales se está haciendo una traducción común para católicos y protestantes en galés, con permiso del arzobispo de Cardiff, y con la cooperación de unos y de otros; y en las misiones católicas de diferentes países de Asia se está trabajando con los protestantes para conseguir traducciones conjuntas.

En Francia no se hace nada parecido, porque muchos protestantes suelen utilizar la excelente «Biblia de Jerusalén», que han traducido los dominicos. En cambio, en Alemania, se está haciendo lo mismo que en los países de lengua inglesa.

Nosotros, en España, tenemos varias traducciones católicas bastante buenas: los protestantes españoles suelen utilizar la traducción clásica de Reina y Valera (tan alabada por Menéndez y Pelayo por su exactitud), que ha sido revisada en 1960, y es muy estimable, aunque el lenguaje resulta algo arcaico. La lástima es que, hoy por hoy, sólo puede leerla un católico que sea aficionado a los estudios bíblicos o teológicos, pues el Derecho Canónico se lo prohíbe a los que no tienen gran cultura católica. No obstante, los pasajes divergentes con la versión católica son bien pocos, y podrían ser aceptados por un católico, siempre que fuesen bien entendidos. Hoy, salvo en algunos pocos trozos que omiten del Antiguo Testamento, son prácticamente iguales la Biblia católica y la protestante: la labor seria y científica de los especialistas no sólo no ha separado, sino que nos ha unido, como es lógico.

* * *

POR eso se impone entre nosotros el examen de conciencia que pide Pablo VI para todos los católicos que componen la Iglesia.

¿No deberíamos nosotros colaborar también, con prudencia, amor y respeto, en todo lo que sea lícito, con los protestantes españoles, que son hermanos nuestros?

Las palabras del cardenal Bea nos afectan a nosotros cuando pide «la colaboración sincera con los cristianos que no son católicos (en) la aplicación conjunta de valores de derecho natural, y otros comunes a todos los cristianos». En lo temporal y en lo religioso cabe la cooperación, dentro de los límites razonables que pide el respeto a la conciencia de cada uno.

No olvidando nunca que el Papa está dispuesto «a estudiar cómo secundar los legítimos deseos de los hermanos separados» en muchos puntos referentes «a la tradición, la espiritualidad, las leyes eclesiásticas (y) al culto». Ellos se escandalizan de muchas cosas nuestras que no tenemos derecho a querer imponerlas como esenciales, porque requieren libertad, o incluso reforma de nuestras estructuras de Iglesia: lo cual es perfectamente legítimo, según Pablo VI.

No ocultemos las diferencias, seamos sinceros y claros; pero tampoco las recalquemos, ni nos consideremos separados en lo esencial, porque no es verdad.